



DON'T QUIT

Ivan Montenegro Friedl

AMERICA TOUR

ÍNDICE

- 1- Portada
- 2- Índice
- 3- Dedicatoria
- 4- Prólogo
- 7- Vivir o Morir
- 10- Cómo nació la pasión
- 12- Vivir la Vida
- 14- Un Pequeño Traspie
- 15- El Inesperado Momento Esperado
- 17- Gestando una Idea
- 19- Aventura Padre e Hijo
- 21- Comienza la Aventura
- 31- Primer Objetivo Logrado
- 35- El Oso Yogui
- 38- Kosta y las Harley Davidson
- 41- Bienvenue Au Canada
- 44- Los Orígenes de la Nación
- 46- La Cola del Dragón
- 49- Mi Amigo Húngaro
- 51- Almost Heaven
- 56- Se Acerca el Final

Dedicatoria

Este libro está dedicado a todos aquellos que han tenido un sueño y por diversos motivos no lo han realizado.

A quienes generosamente han donado sus órganos para dar vida después de la vida.

A los profesionales de la salud que, con dedicación, sanan y dan esperanzas a quienes lo necesitan.

A mis amigos que me alentaron y me dieron su apoyo permanente.

A los nuevos amigos que hice en el camino.

A mis hermanos, Gloria, Christian, José, Cecilia y Andrés, que siempre han estado presentes, aún en la distancia.

A Silvester Howard Roper, inventor de las motos, que lo encuentro genial.

Y en especial a mi Familia, mi esposa Consuelo, mis hijos Fran, Cote y Tati, que siempre creyeron en mí, me apoyaron e impulsaron a perseguir mis sueños.

A la vida por darme una segunda oportunidad y permitirme hacer todas las cosas que soñé en mi primera vida y que siempre postergué.

Gracias

PRÓLOGO

por: José Ignacio (Cote) Montenegro Cuadra

Cuando pienso en la vida de mi padre, veo un camino largo y sinuoso, trazado sobre mapas de sueños y salpicado con el polvo de incontables aventuras. Él siempre fue más que un simple narrador de historias; fue el protagonista de una epopeya viviente, una que se desplegó sobre dos ruedas y bajo cielos abiertos. Su vida, una amalgama de pasión por las motos, viajes que desafían la imaginación y una resiliencia frente a la adversidad, ha sido mi faro, enseñándome que el verdadero sentido de la existencia radica en perseguir lo que nos hace sentir vivos, sin importar los obstáculos.

Su historia y la mía están intrínsecamente unidas por hilos invisibles de pasión, desafíos y sueños. Desde mi más tierna infancia, manejé mi primera moto a los 3 años, teniéndolo a él como entrenador, iniciando un viaje que, sin saberlo entonces, me llevaría por caminos paralelos a los suyos. Este texto es un homenaje a esos caminos compartidos, a las historias de vida que se entrelazan no sólo por la sangre, sino por experiencias que resuenan con una similitud asombrosa.

Ambos hemos danzado con la muerte; mi padre enfrentándose a un cáncer terminal y yo, sorteando situaciones que me llevaron al límite de mi existencia. Estas experiencias nos enseñaron el valor inquebrantable de resurgir. Como él, he cruzado mis propios desiertos, enfrentado tempestades y, al igual, he salido fortalecido, con cicatrices que cuentan historias de supervivencia y superación. Su relación con la muerte nunca fue de miedo, sino de respeto, un recordatorio constante de que nuestro tiempo aquí es limitado y, por lo tanto, increíblemente valioso.

Nuestra pasión compartida por las motos y los viajes, nos ha llevado a recorrer el mundo, marcando nuestras almas con el sello de la libertad.

Mi padre, en su épica travesía desde Santiago de Chile hasta Canadá en dos ruedas, entre otras travesías, y yo, dándole literalmente la vuelta al mundo, hemos conocido más de 30 países cada uno, coleccionando aventuras y aprendizajes que han definido nuestro ser. Además, recorrimos juntos la Patagonia chilena en mini motos, conociendo lugares inimaginables y forjando kilómetro a kilómetro, una gran odisea.

Este libro es una crónica de esos viajes, pero también es una reflexión sobre la vida, la muerte, el estoicismo y el poder de cumplir nuestros sueños. Es la historia de un hombre en su propia búsqueda de significado, con una sed insaciable de vivir plenamente, de exprimir cada momento y de seguir, siempre, el llamado de la carretera. Es una invitación a entender que, al final, lo que cuenta no son los kilómetros recorridos, sino la voluntad de avanzar. Al retratar una pequeña pincelada de su historia desde mi perspectiva, espero no solo rendir tributo a su legado, sino también inspirar a otros a perseguir sus sueños y a encontrar en ellos la fuerza para superar cualquier adversidad. Que este relato sirva de inspiración para aquellos que enfrentan sus propias batallas, recordándoles que, sin importar los obstáculos, siempre es posible perseguir y alcanzar nuestros sueños más preciados.

Así pues, los invito a sumergirse en estas páginas, a viajar a través de una vida marcada por el rugir de motores, la búsqueda de significado, la inquebrantable determinación de vivir plenamente, contra viento y marea. Bienvenidos al viaje de mi padre, una ruta tejida con historias de fortaleza, motivación y, sobre todo, libertad, que nos lleva a descubrir, el simple pero importantísimo hecho de que la vida es un viaje maravilloso, lleno de posibilidades infinitas.

América Tour

Una épica aventura de determinación, perseverancia, crecimiento, valor, resiliencia y fuerza interior.



Vivir o Morir

“Lamento informarte que te quedan pocos meses de vida”, fue lo que me dijo el doctor, un día de enero de 2017, al haber sido diagnosticado con 2 enfermedades terminales cuya única solución era un trasplante.

A la consulta médica acudí en compañía de Consuelo, mi esposa, ya que según ella yo no hacía las preguntas pertinentes al doctor y al llegar a casa no compartía lo que este me decía. El médico me dijo, “me imagino que ya sabe lo que tiene”, le respondí que no, que el informe del examen estaba en chino para mí. Me pregunto, ¿acaso no se metió a Google a averiguar que es una hepatocarcinoma? Ante mi respuesta negativa me dijo, “qué raro” y a continuación manifestó que era cáncer al hígado. Los exámenes me los había realizado en diciembre y fui a retirar los resultados antes de viajar a Uruguay a pasar el Año Nuevo con Consuelo. Los guardé para cuando acudiera al doctor a mi regreso y no vi nada de ellos, sin sospechar que el diagnóstico era lapidario.

Para Consuelo resultó ser un golpe más duro que para mí debido a nuestras disímiles personalidades. Afortunadamente mi resiliencia me ha permitido aguantar los golpes más duros y seguir adelante casi como si nada pasara, lo que muchas veces me ha valido retos y recriminaciones. Esa tarde el regreso a casa fue en silencio casi sin hablar, con miles de preguntas en nuestras mentes, casi todas sin respuestas.

Ahora venía una parte difícil, cómo comunicarlo a nuestros 3 hijos, hermanos y amigos. Decidimos esperar a que nuestra hija mayor regresara de un viaje con su pareja a Estados Unidos para reunirlos en un asado en casa y buscar el momento y la forma adecuada para decirles. Les mencionamos que habíamos ido a ver un médico y que este nos había dado un diagnóstico preocupante. Les dije que me

había diagnosticado un hepatocarcinoma y cirrosis hepática. La pareja de nuestra hija se alarmó en su condición de médico y les explicó a nuestros hijos lo que eso significaba, cáncer al hígado. Nuestro hijo José Ignacio tenía todo listo para irse a Barcelona a estudiar en una escuela creativa para complementar su profesión de publicista, junto con su pareja que obtuvo una beca para hacer una maestría en psicología en esa ciudad de España. Pensó en postergar sus planes, pero lo conversamos y llegamos al acuerdo de que lo mejor sería continuar con sus planes de vida sin importar lo que sucediera conmigo. Si yo no lo lograba, él se arrepentiría de haberse postergado y si lo lograba, habría sido inútil perder esa oportunidad. A Francisca, su pareja le había pedido matrimonio en ese viaje a California, Arizona y Nevada, por lo que en ese momento decidieron realizar la boda en julio, un día antes de mi cumpleaños para tener más posibilidades que fuera yo quien la entregara en el altar. La menor de nuestras hijas, Tati, tenía planes de irse a vivir a Francia un año después y también acordamos que no debía postergar sus planes, si yo moría anticipadamente no quería coartarles sus vidas ya que ellos tendrían que seguir en este mundo y que mejor que cumpliendo sus sueños.

En ese momento decidí que la enfermedad no sería tema en mi vida y esta última la empecé a llevar por dos carriles paralelos, uno, el principal, sería el carril en donde disfrutaría plenamente lo que quedaba de ella, sin postergarme, y en el otro carril iría la enfermedad con la que me juntaría solamente para hacerme exámenes y los múltiples procedimientos a los que me tuve que someter, en espera de un trasplante o de la muerte.

Creo que la actitud con la que se enfrentan las dificultades es lo más importante para poder sobrellevar la adversidad. Una actitud positiva te permite actuar y ser feliz a pesar de las complicaciones que se presentan en el camino. Después de todo, uno no tiene control sobre todo lo que ocurre en su vida. En aquellas cosas que uno controla, puede poner lo mejor de sí y todo funcionara de acuerdo al esfuerzo y

dedicación que se le ponga, pero en aquellas que uno no controla, la actitud que se tenga para enfrentarlas, como se para frente a ellas, determinarán el resultado final.

En un viaje laboral a Colombia vi la película "Antes de Partir" en el avión en que viajaba, y como si el universo quisiera enviarme un mensaje, me vi reflejado en cada escena.

En mi mente tracé una lista de deseos que ardían en mi alma. Lo primero que se me vino a la mente fue regresar a las motos, su rugido resonó en mi cabeza y al volver a Chile, ya sentí el estruendo del motor en mi cuerpo. Una Honda África Twin 2017, llamativa y lista para ser dominada, esperaba por mí. Desde ese momento empecé a salir a rutear todos los días sábado en paseos solitarios de entre quinientos y mil kilómetros en el día, atesorando experiencias y disfrutando de la sensación de vivir en libertad que trae el conducir una moto.

Esa fue mi mejor terapia y lo sigue siendo. Quienes tienen una pasión, cualquiera que esta sea, saben de qué estoy hablando. Los que son apasionados de las motos, como yo lo soy, entenderán con mayor razón a lo que me refiero. No necesitas un terapeuta, tu pasión y tú, trabajando en armonía, son el mejor tratamiento, nada lo puede superar.

Cómo Nació la Pasión

Desde que tengo memoria alucinaba con las motos, al principio jugaba sobre la vieja máquina de coser negra de mi mamá, imaginando que era una, con esa forma torneada que asemeja una moto de la época. Después andaba en bicicleta y le ponía entre los rayos de la rueda esos cartones perforados de los primeros computadores que eran unos armatostes inmensos, con menos memoria que un reloj pulsera de hoy, pero que fueron los inicios de la ciber era en la que vivimos. Ese cartoncito imitaba el sonido de un motor entre los rayos y aumentaba a medida que la velocidad de la bicicleta también lo hacía. Así transcurrieron los años felices de mi infancia en Chuquicamata, siempre con las dos ruedas en mi mente, recorriendo los cerros en bicicleta o descendiendo por las calles en unos carritos de madera con ruedas hechas con rodamientos que tomaban una considerable velocidad en las empinadas bajadas del campamento. Fue en este lugar donde, con mis hermanos Christian y José empezamos a ser conocidos como Los Chicos Malos ya que, para un día de Halloween, los 3, que éramos bastante robustos, nos disfrazamos de Los Chicos Malos de las historietas de Walt Disney, los que siempre iban tras el tesoro de Tío Rico McPato. Años después, en 1971, junto con la nacionalización del cobre vino la primera pérdida de amigos, los primeros de la vida, la mayoría de los cuales nunca más volvería a ver ya que sus padres tuvieron que marcharse, muchos de ellos a sus países de origen. Después vinieron las desvinculaciones forzosas de otros y más amigos perdidos. Finalmente, en 1973 vino el golpe militar y nuevamente la pérdida de amigos que debieron marcharse.

Mi adolescencia la pasé en Antofagasta, donde mi familia se trasladó, y llegaron nuevos amigos. Fue ahí, a los 17 años que tuve mi primera moto. Era una Honda Dax ST 70 que mi padre había comprado a medias con un amigo. Apenas supe de la compra, la fui a buscar donde su amigo y nunca más la devolví.

En esta moto conocí a mi primera polola, creo que gracias a la moto tuve el coraje de presentarme en su casa un día conduciéndola y toqué el timbre. Sabía de su existencia porque su hermana menor era amiga de mi hermana menor, Cecilia, y siempre hablaba de sus hermanas y que podría conocerlas. Al abrirme la puerta, saqué valor de no sé dónde y le dije “hola, me dijeron que me querías conocer”, desde ese momento empezamos a forjar una breve amistad al principio y un pololeo que duró un poco más de un año. En la Dax salía con mi amigo Ángelo, espalda con espalda, yo conduciendo y él tocando la guitarra mientras cantábamos a todo pulmón nuestras canciones favoritas. Así experimenté la sensación de libertad que gatilló mi mayor pasión y que me ha acompañado prácticamente toda la vida. En 1978 dejé de tener moto y no fue hasta 1984 que, ya viviendo y trabajando en Santiago, volví a tener una, esta vez fue una Honda CB550 negra, hermosa y ágil, la que posteriormente cambié por una Honda XR500 con la que ingresé al mundo del off road. Le siguieron varias otras motos, todas Honda, una XR250, en la que empecé a incursionar brevemente en el enduro, para al poco tiempo saltar a las XR600, de las que tuve tres y las que me llevaron a participar en circuitos y carreras de enduro en el norte, centro y sur del país. una Transalp 600, una CBR600, una Cub EZ90, una Fourtrax 300, una Navi 100 y la África Twin 1000.

Vivir la Vida

Sin esperarlo, mi hija mayor, Francisca me sorprendió con un lindo y especial regalo, un salto en paracaídas, experiencia que era uno de mis sueños y que gracias a ella realicé.

Fue grandioso sentir el viento y los 200 km/hr en caída libre, antes que el paracaídas se abiera para frenar el descenso y poder observar la grandiosidad del paisaje que tenía enfrente. Aunque el aterrizaje fue fuerte y en él me fracturé el peroné de la pierna izquierda, todo valió la pena, ni el dolor ni nada opacó la experiencia. Después nos fuimos a tener un lindo y exquisito almuerzo, todos juntos, a una localidad cercana donde departimos animadamente, conversamos de la adrenalina producida y disfrutamos del

grato momento familiar. La fractura quedaría para más tarde, no era el momento de arruinarlo todo con quejas y sufrimiento.

Esa tarde, al regresar a casa nos fuimos con mi esposa a la urgencia del hospital más cercano donde me diagnosticaron la fractura y me inmovilizaron la pierna con una bota removible.

Un día, conversando con un amigo mexicano y un venezolano, uno de ellos comentó que él tenía un simulador de Fórmula 1 en su casa, el otro agregó que él había ido a ver un GP de Fórmula 1 y que fue fascinante ver la carrera en la pista y escuchar el ensordecedor rugido de los motores en cada vuelta. Fue ahí donde decidí llamar a mi hijo José Ignacio, que para entonces vivía en Barcelona y lo invité a ver el próximo GP de España que se realiza en Montmeló, cerca de Barcelona. Los boletos para la carrera llegaron al departamento de mi hijo por lo que la entrada al circuito estaba asegurada.

Al acercarse el día de la carrera viajé a España para reunirme con él y compartir una excelente semana juntos donde recorrimos los principales lugares de interés de la ciudad y visitamos Figueres, cuna del maestro Salvador Dalí y Girona, hermosa ciudad fortificada,

famosa por ser la locación de la exitosa serie Juegos de Tronos (Games of Thrones en inglés), entre otras cosas.

Llegado el día de la carrera salimos temprano a tomar el bus que nos llevaría al circuito de Montmeló con toda la emoción que eso nos acarrea, íbamos juntos a vivir una experiencia y cumplir un sueño.

La ubicación que teníamos era muy privilegiada, ya que estábamos en la primera fila y en un sector donde se veían las mejores curvas y rectas de la pista.

El espectáculo comienza con distintas categorías de autos y una muestra de autos antiguos circulando sobre la pista con famosos pilotos campeones de la categoría en años anteriores, muchos de ellos ya retirados, ídolos en su época tales como Jackie Stewart, Nelson Piquet, Emerson Fittipaldi, Alain Prost Niki Lauda y otros. Fue entretenido explicarle a mi hijo quien era quien.

El ambiente que se vive en el lugar es muy especial, lleno de fanáticos, muchos de los cuales siguen toda la etapa europea del campeonato, acudiendo a todas las carreras del continente antes que este espectáculo parta a otros circuitos en Oceanía, América y Asia.

La carrera fue ganada por el piloto inglés Lewis Hamilton, siete veces campeón de la Fórmula 1 y el piloto con más carreras ganadas en la historia de la competencia.

Fue una experiencia emocionante e incomparable, más aún, poder vivirla con mi hijo, también aficionado a la velocidad y las carreras.

Tiempo después fui con Damián, un amigo argentino, a ver el GP de Interlagos en Sao Paulo, Brasil.

El ambiente en este país es mucho más intenso que en Europa ya que los fanáticos brasileños son más extrovertidos y hacen más ruido que los europeos, sin dudas una experiencia también mágica y llena de emoción. Nuestras ubicaciones también eran muy buenas, en la recta principal donde podíamos apreciar cómo alcanzaban la máxima velocidad. Esta vez la carrera también fue ganada por el mítico Lewis Hamilton, que al igual que en el Gran Premio de Barcelona resultó campeón del mundo posteriormente en esos años.

Un Pequeño Traspie

Un sábado de enero de 2019 me uní a un grupo de motoqueros para un paseo por el día a la costa, pasando por cerros y quebradas sin pavimentar, en una mala maniobra, por un sinuoso camino de tierra, tuve una fuerte caída que me provocó dolor en el pecho y un hombro, por lo que decidí regresar, mientras todos los demás siguieron su ruta. Al cabo de dos horas y media de conducción y soportando la presión y el dolor, llegué a mi casa a duras penas y me tendí un rato mientras mi familia iba al cine a ver Rapsodia Bohemia. Al regresar ellos del cine el dolor era más intenso por lo que, adivinen quien me llevó a la urgencia del hospital, donde comprobaron que tenía 7 costillas fracturadas. Ahí me querían dejar hospitalizado, pero luego de mucho insistir, analgésicos mediante, me dejaron salir del hospital bajo mi responsabilidad para regresar a mi casa a descansar y dormir. El martes siguiente debía realizarme un procedimiento que requería de un día de hospitalización, al que acudí religiosamente. En vista de mi deplorable condición de fracturado y a que debía tener una capacidad pulmonar excelente, me regresaron a mi casa sin poder realizarme el procedimiento, el que se programó para 2 semanas después.

Pasado ese tiempo y ya más recuperado de las fracturas, acudí nuevamente a realizarme la quimio embolización, sin embargo, cuando ya me encontraba en la habitación, completamente rasurado y listo para entrar al quirófano, llegó el médico a informarme que, debido a una falla técnica en un instrumento crítico para la operación, deberíamos postergar hasta nuevo aviso. Finalmente se programó para el día martes 26 de febrero.

El Inesperado Momento Esperado

El jueves 21 de febrero de 2019 estaba en una conferencia telefónica cuando inesperadamente recibí una llamada de un número desconocido, que no sé por qué decidí contestar, cosa que nunca hacía al estar en una conferencia telefónica por trabajo. “Tenemos un órgano para usted, debe venir cuanto antes a la clínica”, dijo la voz al otro lado de la línea. En ese momento apareció mi esposa a decirme que había recibido un llamado del hospital, nos abrazamos celebrando el momento con alegría. No se pueden imaginar el sentimiento que nos invadió en ese momento, es algo que solo al vivirlo se puede dimensionar, no se puede describir con palabras. Dejé arreglado algunos asuntos del trabajo, les avisamos a nuestros hijos, a nuestros hermanos y partimos al hospital. Esa tarde esperamos, conversando alegremente en familia, antes de ser ingresado al quirófano, excepto nuestra hija menor, Tati, que para entonces vivía en Francia. Alrededor de las 9 de la noche me fueron a buscar para trasladarme en camilla a la sala de operaciones. La despedida con mi familia fue emotiva ya que no sabíamos si volverían a verme con vida, podía ser un hasta luego, nos vemos pronto o un adiós definitivo, sin regreso. Esa noche y durante la madrugada del día 22 fui operado, en una intervención que duraría muchas horas y que cambió mi destino. Yo no supe ni me di cuenta de nada, pero mi familia debe haber estado angustiada, expectante, a ratos asustada, viendo pasar las horas, que de seguro se sintieron eternas.

Lo más sorprendente es que ese día 21 yo debí haber viajado a Copiapó, a 800 kilómetros más al norte a una reunión, pero debido a un error en la compra del boleto de avión, se postergó para el día siguiente, viernes 22.

Luego de un día de inconsciencia, me desperté en una sala de la UCI lleno de tubos y mangueras y con las manos atadas a la cama. Luego, después de desconectarme algunas mangueras y cables, me pidieron que me levantara y lo hice con dificultad ya que mis piernas no se

podían mi cuerpo. Una vez en pie comencé a caminar y me di una vuelta a paso lento alrededor de la unidad. Esta rutina la empecé a repetir a diario con caminatas cada vez más largas e intensas por todo el hospital durante las dos semanas posteriores que duró la hospitalización. Junto con las caminatas era sometido a ejercicios diarios monitoreados por un kinesiólogo para fortalecer la musculatura.

Un par de semanas después regresé a mi casa y desde el primer día salí a caminar por los alrededores, primero fue un kilómetro diario para llegar a los 8 kilómetros diarios al cabo de un mes.

Lo que más deseaba en esos momentos era volver a subirme a la moto, pero me estaban suministrando un anticoagulante por 2 meses, por lo que debí esperar todo ese tiempo para regresar a la aventura sobre las dos ruedas.

En cuanto dejé de tomar el medicamento me lancé a la vida sobre la moto, recorriendo hermosos y excitantes parajes, en rutas que duraban de 10 a 12 horas, hasta que recibí una invitación para hacer un viaje al Salar de Uyuni con un grupo de otros 11 aventureros. Mi respuesta no se hizo esperar y acepté la invitación sin pensarlo. Fue todo un reto partir a tan solo 7 meses de haber salido del hospital a una aventura en moto a Bolivia, por caminos de tierra y a casi cinco mil metros de altura. El salar es impresionante ya que se trata de un lugar completamente plano, de una gigantesca extensión donde no se alcanza a ver el otro extremo, maravilloso para recorrer en moto por horas y maravillarse por lo que la naturaleza es capaz de entregarnos. Nos hospedamos en un hotel muy hermoso, completamente hecho de sal, tanto la estructura como el mobiliario con una vista insuperable del salar. Este viaje me sirvió para darme cuenta que estaba preparado para todo sobre la moto donde no sentí ningún malestar, todo estuvo bien, desde la ruta y la camaradería, hasta la comida y la altura.

Gestando una Idea

Pocos meses después, sufrimos un fuerte golpe con mi pareja de 40 años, nos separamos y tomamos caminos distintos, me mudé a un departamento en otra comuna de Santiago el 15 de marzo de 2020, y a los 3 días de haberme mudado surgió otra adversidad, la soledad y el confinamiento se juntaron en medio de una pandemia mundial. Sin embargo, en ese silencio, hallé inspiración en libros y videos. Charly Sinewan, Soy Tribu, Itchy Boots y otros moto-aventureros me inspiraron, y un sueño se forjó, viajar a Estados Unidos y cruzarlo de costa a costa en mi fiel moto. Lo único que necesitaba para empezar el viaje era que se levantaran las restricciones sanitarias en todos los países de la región que cruzaría en esta aventura.

Mientras tanto, para mantenerme en forma y ya que el gimnasio del edificio se cerró, todos los días bajaba y subía por las escalas de emergencia los 16 pisos del edificio, 6 veces seguidas sin parar, lo que equivale a subir y bajar un edificio de 96 pisos o el equivalente a subir y bajar el Empire State de Nueva York. Lo hacía escuchando mi música favorita e imaginándome en la ruta por los caminos de América, en todo momento me vi sobre la moto, nunca dudé de que sería una realidad. Una vez a la semana bajaba al subterráneo para hacer andar la moto y que no se descargara la batería, en esos momentos aprovechaba de pasearme por los estacionamientos y disfrutarla, aunque fuera unos minutos.

En este lugar viví un año y pensando en mi viaje, no renové el contrato de arriendo por un año más, sin embargo, la pandemia no se terminaba y las restricciones seguían, fue ahí donde mi hermano menor Andrés, generosamente me prestó, por un tiempo, una cabaña que tiene en Algarrobo para esperar ahí el fin de las prohibiciones. De pronto comenzaron nuevamente las cuarentenas, el encierro y la larga espera, vinieron más lecturas, videos y sueños de aventuras.

Seis meses después de vivir en este balneario y cuando empezó una apertura dentro de Chile, me trasladé a Caldera donde mi amigo Atilio

y ahí planeamos un viaje a la Patagonia, en un camper que él había adquirido recientemente. El viaje resultó en una hermosa aventura que afianzó aún más nuestra sólida amistad, con miles de kilómetros de conversaciones, risas y conocimiento mutuo. La Patagonia chilena y la Carretera Austral, Ruta 7, tiene algunos de los parajes más hermosos que existen en el planeta. Una ruta que, sin lugar a dudas, debe ser visitada, recorrida, admirada y disfrutada. La coronación de esta aventura, llena de emociones y paisajes sin igual, fue un vuelo en helicóptero que hicimos entre las montañas, lagos, ríos y glaciares, para luego posarse sobre el glaciar Nef y caminar sobre él. Fue una experiencia suprema, sin igual, un generoso regalo de mi amigo Atilio, recorrimos siete mil kilómetros de paz, armonía, conocimiento y experiencia. Esto también fue la avanzada para la siguiente aventura que tenía planeado realizar en compañía de mi hijo.

Al regresar a Caldera, le siguió un viaje en moto hacia el extremo norte, hasta el Lago Chungará, pasando por los lugares que frecuentamos en mi niñez de Chuquicamata. Las salitreras abandonadas, San Pedro de Atacama, Toconao, Chiu-Chiu, Lasana, Ayquina, Toconce, Calama, Tocopilla, Iquique, Pica, Salar del Huasco, Arica.

Luego vino otro viaje al sur, esta vez con mis amigos motoqueros, Guille, Seba y Ricardo, pasando por la cordillera de la Araucanía, Huilo-Huilo, bosques de araucarias, lagos, cordillera, parques nacionales, volcanes Villarrica y Mocho Choshuenco, hasta Chiloé y de regreso por la costa.

Durante la espera para que se levantaran las restricciones internacionales de viaje en los países que debía cruzar en mi aventura por América y mientras aún vivía en Algarrobo, Honda lanzó al mercado la Honda Navi de 100cc y 7 hp de potencia, un scooter con aspecto de moto. Fue entonces que con mi hermano Andrés y mi hijo nos vimos recorriendo la Patagonia en estas diminutas motos. Mi hermano y yo compramos una cada uno y mi hijo se sumaría en su Honda Twister.

Aventura Padre e Hijo

“Están locos, no lo lograrán”, decían. “Si van en moto, que sea en una de verdad, no en una de juguete”, y así escuchamos muchas frases de este tipo. Claramente sabíamos que era un desafío bastante osado el ir a recorrer la Patagonia chilena en 2 Navi y 1 Twister por rutas agrestes y solitarias, alejadas de la Carretera Austral, pero ¿qué es la vida sin desafíos?

Llegó el día de la partida, mi hermano Andrés no pudo sumarse y finalmente fuimos con mi hijo Cote, con el que teníamos este sueño de aventurarnos juntos en moto desde hace décadas, ambos en las Honda Navi a conquistar la Patagonia.

La Carretera Austral la recorríamos hacia el sur en camioneta, con las 2 Honda Navi atrás, que cabían sin problemas.

Nos asentábamos en algún lugar y bajábamos las motos para hacer lo que vinimos a hacer. Un día entero nos adentrábamos hacia el oeste, y al día siguiente hacia el este. Bajábamos en camioneta por la columna vertebral de la Patagonia, y nos íbamos a navegar por las costillas de esta gigantesca tierra.

Los paisajes se superaban día tras día, enormes montañas nevadas se erguían rascando el cielo azul. Cada 15 minutos llegábamos a un paisaje digno de ser un fondo de pantalla de Windows. Praderas verdes que relucían como el tesoro de un gnomo al final del arcoíris. Hermosos lagos inmóviles, que lucían como espejos reflejando el cielo y las nubes. Enormes y rugientes cascadas, ríos caudalosos de agua cristalina, vertientes, canales y lagunas entre el verde y fértil paisaje. Y lo mejor de todo fue vagar por estos parajes en dos ruedas.

Disfrutamos a fondo la libertad, el placer de estar presente, el aire frío en la cara, los hermosos paisajes, la desafiante conducción. Es cierto que no podemos decidir cómo morir, pero sí cómo vivir, y así elegimos, aventurarnos por caminos hermosos que no se pueden descubrir sin perderse.

Visitamos Puerto Raúl Marín Balmaceda, nos bañamos en el potente río Futaleufú, visitamos el pintoresco pueblito de Palena, Valle Mirta y sus hermosos alrededores, con frondosos y antiguos coihues que adornan sus paisajes, el Lago Claro Solar, que nos dejó claro lo lindo que puede llegar a ser un lugar. Visitamos el increíble Lago Verde, casi nos vuela el intenso viento de Puerto Ibáñez, fuimos a la Bahía Exploradores y al glaciar del mismo nombre, rodeamos las turquesas aguas del Lago General Carrera, el lago más grande de Chile y el segundo más grande de Sudamérica.

En La Junta vimos lo bello de apreciar cuando el agua se junta con los cisnes, justo en la comuna con este mismo nombre, el Lago Rosselot, Lago Negro y el río Palena. Fuimos testigos de paisajes que lo decían todo, sin usar una sola palabra.

Las Navi con sus 7hp, nos llevaron a conocer cientos de lugares, a recorrer casi 2.000 kilómetros, a vivir millones de experiencias y a guardar un sinfín de recuerdos para atesorar hasta el final de nuestros días.

Lo más hermoso y emocionante de esta aventura no fueron los paisajes maravillosos ni la adrenalina de conducir las motos por parajes agrestes y desafiantes, sino el haberlo hecho con mi hijo, solos los 2, complementándonos, soportando juntos la adversidad y disfrutando de una ruta y aventura inolvidables e insuperables.

Como en todos mis viajes al sur de Chile, también en esta ocasión, mi parada obligada y oasis en el camino fue la casa de mi hermana menor, Cecilia en Puerto Varas, al igual como lo fue en muchas ocasiones en mis viajes a Atacama, la casa de mi hermana mayor, Gloria cuando vivía en Copiapó.

Comienza la Aventura

Ya levantadas las restricciones internacionales, con la moto revisada y lista para una nueva y esta vez prolongada aventura, los papeles en regla y con las ganas de partir a flor de piel, salí de Santiago el 14 de marzo de 2023 a las siete de la mañana, haciendo mi primera parada en Ovalle donde pase a saludar a mis amigos Antonio y Patricia que me invitaron a quedar en su casa esa noche. Al día siguiente emprendí el rumbo hacia el norte, hasta Copiapó donde también me quedé en casa de mis amigos Mauricio y Sofia por 2 noches y donde salí a cenar con Gianfranco, doble recordman mundial al escalar el Volcán Ojos del Salado, el volcán más alto del mundo y batir el Récord Guinness de Altura, primero en moto en 2015 y luego en buggy en 2022 y con su hermano menor Attilio. Desde ahí salí rumbo a Antofagasta donde me enteré que en Perú había inundaciones y cortes de camino producto de las lluvias torrenciales que los habían azotado. Por este motivo contacté a un amigo en Lima que me mantuvo informado del estado de las carreteras y del momento de la apertura, por lo que decidí quedarme en Antofagasta a hacer la espera en casa de Mario, otro antiguo amigo que me albergo por 4 días.

Cuando ya los caminos en Perú fueron abiertos, partí finalmente rumbo al norte por la ruta costera que une Antofagasta con Iquique, pasando por Tocopilla, ciudad muy conocida por mí ya que ahí vivían mis muy queridos tíos Lily y Hernán con mis 4 primos, durante nuestra infancia.

La ruta costera es muy agradable y me trajo recuerdos de mi infancia cuando íbamos a Punta Blanca, Cobija y Hornitos con nuestros padres y tíos. Acá se ve el mar en casi toda su extensión, lo que la hace más fresca y menos monótona que por el desierto que es recto, ventoso y muy caluroso. Ese día llegué hasta Arica en la jornada más larga de la primera parte de mi aventura, luchando contra el viento y el calor en el tramo desértico que une Iquique con Arica.

Al día siguiente ingresé a Perú por el paso de Chacalluta, ese sería el primer país de mi aventura saliendo de Chile, acá dejaba atrás las facilidades y tranquilidad de mi país y me adentraba a lo desconocido. Decidí irme hacia el norte por una ruta costera, más fresca y entretenida que hacerlo desde Tacna. El paisaje es desértico, costero, muy parecido a la ruta costera que une Antofagasta con Iquique en Chile. Por esta ruta llegué a Ilo, en esta ciudad busqué un cajero automático para conseguir dinero local, luego de conseguirlo, en una estrecha calle le di un golpe con las maletas laterales a un auto y caí al suelo. recogí la moto y se empezó a cercar gente, entre ellos, el dueño del auto que quería que le pagara el daño provocado, que era bastante menor. La situación la vi complicada estando en Perú, en una moto con placas chilenas y una decena de gente curioseando y uno gritando improperios. No sé cómo subí a la moto y partí lo más rápido que pude, alejándome del lugar lo antes posible, sin mirar atrás y preocupado por si pudiera aparecer la policía en cualquier momento. Después de este incidente, la detención fue en la pequeña ciudad de Chala donde pernocté la primera noche fuera de mi país, y pude apreciar una hermosa puesta de sol en el gigantesco Océano Pacífico.

Esa noche pude dormir plácidamente y salí a las 7 am rumbo a Lima, ya a esa hora había 30° C de temperatura, los que serían el presagio de una temperatura máxima de 46°C que debí soportar ese día. La ruta fue costera en el principio y pronto se empezó a internar en el desierto, pero fue muy interesante porque esta pasa por el medio de las líneas de Nasca, antiguos geoglifos ubicados en la pampa de Jumana en el desierto de Nasca. Estos geoglifos representan figuras geométricas, largas líneas rectas y figuras de plantas y animales gigantes. Lamentablemente parte de ellas ha sido dañada con la construcción de la carretera Panamericana que las atraviesa y por la pasada de vehículos todoterreno sobre las mismas. Se desconoce la antigüedad de las líneas, pero se sabe que la Cultura Nasca estuvo presente entre los años 200 y 600 DC.

Más adelante, unos 20 kilómetros al norte pude apreciar los geoglifos de la Cultura Paracas, presente en la región entre los años 700 AC y 200 DC, que representan grandes figuras dibujadas en las laderas de cerros, muy nítidas e impactantes de observar.

Ese día seguí la ruta hasta llegar a Lima donde me junté a cenar con mi amigo Gerardo, un peruano también aficionado a las motos a quien conocí años antes por motivos laborales y quien me entregó la información del estado de las carreteras cuando esperaba en Antofagasta. La jornada siguiente fue hacia el norte, hasta Chiclayo y posteriormente a Zarumilla, donde me perdí en un barrio muy peligroso, afortunadamente encontré un motorista que dijo ser policía y que me recomendó salir de ahí cuanto antes, le comenté que buscaba llegar al paso fronterizo y él amablemente me escoltó hasta dentro del mismo recinto aduanero.

A Ecuador entre por Huaquillas y una vez realizados los trámites de inmigración y de aduana, partí rumbo al norte, donde a la media hora de estar en Ecuador, me tocó la primera lluvia torrencial empezando a oscurecer, por lo que me enfilé rauda y precavidamente al primer poblado para buscar refugio y alojamiento, encontrándolo en la pequeña ciudad de Santa Rosa.

En Ecuador quise cruzar a Colombia por San Lorenzo por lo que decidí irme por la Costa Esmeralda, porque me resultaba atractivo hacer la ruta por la costa más que por las montañas porque el camino pasa por Quito, ciudad que ya había visitado en ocasiones anteriores. En el trayecto fui controlado por la policía que me informó que no podía cruzar a Colombia por ese lugar ya que era una zona controlada por los narcos y la guerrilla, el cruce debía hacerlo por Tulcán. Más adelante me controló la infantería de marina y finalmente el ejército, los cuales ratificaron lo señalado por la policía, el cruce es por Tulcán, dijeron.

En el trayecto llegué a un sector donde cruzaba la carretera un gran torrente de agua de unos 2 kilómetros de ancho y 80 centímetros de profundidad que arrastraba ramas y troncos, tuve que decidir entre

cruzarlo o devolverme, pero como no tenía combustible suficiente y no sabía qué rutas alternativas existían, decidí arriesgarme y cruzar, poniendo a prueba toda mi destreza sobre dos ruedas, logré cruzar sin problemas pero completamente mojado, lo que no me preocupó ya que, con la alta temperatura del momento, logré secarme al cabo de una hora sobre la moto. Finalmente, al atardecer, llegué a Tulcán, una pequeña ciudad fronteriza en las montañas, conocida por ser la ciudad del ciclismo, por donde salí de Ecuador para ingresar a Colombia. Un par de días después me enteré que la Costa Esmeralda era el lugar más peligroso de Ecuador, dominado completamente por los narcos.

A Colombia entré cruzando el Puente Rumichaca, a la localidad de Ipiales, antes de llegar a la ciudad de Pasto y a Popayán, donde conocí a un motoquero peruano residente en Colombia, Juan, que se detuvo junto a mí y me pidió sacarse una foto conmigo. Con él hice el tramo desde Popayán a Cali, donde pasé la primera noche en Colombia. la ruta estaba atestada de camiones y motos. El trayecto es complicado debido a que está entre las montañas rodeado de selva, el camino no tiene bermas y es difícil adelantar sin arriesgarse a encontrarse con un vehículo en sentido contrario. Llegamos a un punto en el que había una larga fila de autos y camiones de aproximadamente 10 kilómetros de largo. Yo paré al final de la fila y mi nuevo amigo me dijo que debíamos seguir y adelantar a todos los vehículos detenidos, circulando por la pista contraria y buscar espacios si venía alguien en sentido contrario. Me comentó que en una ocasión tuvo que pernoctar en la carretera, al final de la fila, por esperar. Afortunadamente lo seguí, aunque me gané varios rayones en las maletas de la moto. A Cali llegué avanzada la noche a buscar un alojamiento.

Al día siguiente partí rumbo a Bogotá, donde debía embarcar la moto para enviarla por vía aérea a Panamá, ya que la ruta se interrumpe en la Selva del Darién, más conocida como Tapón de Darién. Es un lugar peligroso y de difícil acceso, donde no hay caminos y que está dominado por narco guerrilleros. Al principio de la ruta conocí a dos jóvenes que montaban una motocicleta y que se dirigían a Medellín,

hicimos una pequeña parte de la ruta juntos. Al separarme de ellos me uní a un grupo de 3 motos con 3 hombres y sus parejas que se dirigían a la costa a pasar la Semana Santa, nos separamos luego de detenernos a almorzar y a ponernos los trajes de agua ya que se puso a llover persistentemente.

En Bogotá debí esperar una semana hasta embarcar la moto por vía aérea a Panamá. En el hotel donde me hospedé conocí a un simpático mexicano, José Manuel, que venía en su KTM 1290 procedente de Ushuaia y que embarcaría su moto rumbo a Panamá con el mismo embarcador que yo utilizaría. Fuimos juntos a dejar las motos a la agencia y él partió al día siguiente vía aérea a México, sin antes invitarme a quedar a su casa cuando pasara por Cuernavaca, invitación que agradecí.

Apenas recibí la confirmación del día en que llegaría mi moto a Tucumén en Panamá, compré un pasaje aéreo para hacer coincidir mi llegada con la llegada de la moto, para trasladarme de la terminal de pasajeros a la de carga y subirme a la moto después de los trámites aduaneros y una vez sorteados todos los papeleos, enfilarme rumbo a la frontera con Costa Rica.

Días antes había recibido una invitación de un panameño, Bobby Valdés, que me contactó a través de un chat de moto ayuda por Centro América, al que me recomendaron ingresar, para visitarlo en su refugio en la Cordillera.

En el camino fui detenido por un policía por ir a 90 Km/hr en zona de 80 km/hr ya que yo estaba convencido que la velocidad máxima era 100. Luego de expresarle todos mis argumentos, de conversar de motos, del viaje y de solicitarle amablemente que me permitiera seguir, accedió cuando había empezado a escribir la boleta.

Como los trámites aduaneros y la detención con la policía me tomaron tiempo, ese día llegué a la ciudad de Santiago a buscar hospedaje para seguir a la mañana siguiente al Refugio Mamao de Bobby Valdés.

En el refugio, un sencillo y acogedor lugar en la montaña conocí a Bobby y su esposa, además de otro panameño que tenía 2 Harley

Davidson y que andaba de guía de Rodrigo, un simpático uruguayo, quien le arrendó una de las motos y los servicios de guía para recorrer Panamá.

Bobby resultó ser una excelente persona y un gran anfitrión, también moto aventurero, que hizo la ruta de Panamá a Ushuaia de ida y regreso en una antigua Yamaha 125 de fines de los 90.

Antes de partir, Bobby me dio varios tips que me ayudaron en mi ruta por Centro América, los que agradecí enormemente.

Me dirigí a Paso Canoas, a una Hora del Refugio Mamao, para ingresar a Costa Rica, un país tranquilo con sus hermosos paisajes selváticos y playas increíbles. Al comienzo encontré una patrulla de policías parados en la berma, paré a preguntarles cuál era la velocidad máxima permitida en las carreteras del país, grande fue mi sorpresa cuando la mujer policía le pregunta a su compañero ya que ella no sabía la respuesta, tampoco su compañero, quien me dijo que, parece que 80 pero que podía ir hasta 100 y nadie diría nada.

Costa Rica es un hermoso y tranquilo país, rodeado de bellos paisajes, cerros llenos de vegetación, playas increíbles y una fauna silvestre abundante y única, también es el país más caro de Centro América. Acá tomé la ruta costera ya que no quería pasar por San José, su capital, la que la había visitado en un par de ocasiones anteriores.

Mi ingreso a Nicaragua, el segundo país más complicado de los 13 que cruzaría en toda la ruta, decidí hacerlo por Peñas Blancas. Una vez sorteados los trámites de inmigración y aduana y sintiendo el alivio porque no me solicitaron la vacuna obligatoria contra la fiebre amarilla, ya que, por mi condición de inmunosuprimido debido al trasplante, tengo prohibición médica para suministrarme. Sí me pidieron la vacuna por el Covid, pero de esa tenía 5 dosis certificadas. En el control aduanero debí vaciar la gasolina que llevaba en el bidón, afortunadamente el estanque de la moto tenía espacio suficiente y de esta forma no tuve que volver a recargar hasta salir de Nicaragua.

Saliendo de la aduana me sorprendió una fuerte pero breve lluvia de 5 minutos mientras compraba el seguro obligatorio de daños personales a terceros.

La ruta fue con vista al imponente y hermoso Lago Cocibolca casi hasta llegar a la bajada hacia Managua donde otro hermoso lago da la bienvenida, el Lago Xolotlan con una hermosa vista del volcán del mismo nombre al fondo.

Mi paso por Honduras, el país más pobre de América continental, cuyos caminos, campos sin cultivar y aire contaminado por el humo de las quemas de pastizales, hacían notar esa condición.

El hospedaje en Choluteca fue tranquilo y descansado a la espera de mi ingreso al día siguiente a El Salvador. En este último país fue en el único lugar donde alguien me pidió algo “para las colas”, término muy utilizado en la región para pedir una coima. Las colas son Coca Colas. Obviamente me negué haciéndome el desentendido y el inspector de aduana no insistió.

El Salvador resultó ser el país más seguro y confiable de los de América Central y con las mejores instalaciones aduaneras, seguidas por las de Nicaragua.

Decidí alojarme en Ahuachapán, cerca de la frontera con Guatemala para cruzar temprano la aduana. El trámite fue sencillo y rápido, el oficial de aduana fue tan gentil que se ofreció a tomarme unas fotos sobre la moto junto al letrero con el nombre del lugar de fondo y me autorizó a detenerme sobre el puente que une El Salvador y Guatemala para tomar más fotos.

Guatemala es otro hermoso y tranquilo país que sorprende con sus paisajes. Mi destino era la ciudad colonial de Antigua que es un imperdible de Guatemala y ciertamente que estar ahí ratifica los comentarios que había recibido de ella.

Tarde me enteré, que el embajador de Chile en Guatemala había sido un compañero de curso que tuve 50 años antes en Antofagasta, de haberlo sabido habría pasado a saludarlo.

Al llegar a la frontera y mientras hacía los trámites para salir de Guatemala, la oficial de inmigración me dijo que la jefa de la unidad necesitaba conversar conmigo.

En su oficina y muy amablemente me dijo que su país apreciaba mucho a los turistas porque eran una importante fuente de ingresos, sin embargo, ellos apreciaban también que estos permanezcan al menos 3 noches en el país, que ese era un requisito que ellos exigían y yo no cumplía con este requisito. Luego de una larga conversación y utilizando todos los argumentos a mi alcance, logré convencerla de que me dejara salir y no tuviera que pagar por mi falta.

Ahora venía el ingreso a México, que resultó ser el más engorroso de todos los que me tocó vivir. Las personas que ahí laboran tienen un trato poco amable y rayan en lo prepotente.

A la funcionaria no le gusto el documento de propiedad de la moto, que en mi país es oficial y me exigió que entrara a la ciudad caminando y en ella buscara algún lugar donde tuvieran internet para solicitar un certificado al Registro Nacional de Vehículos Motorizados, lo imprimiera y se lo llevara de regreso para recién autorizar el ingreso de la moto al país. Entré a la ciudad, recorrí el centro buscando un lugar donde pudiera realizar lo solicitado, finalmente encontré a un tipo que, bajo la escala de una casa antigua, tenía internet y una impresora. Con su celular me compartió la señal de Internet y pude contactar a mi amigo Jorge en Chile que consiguió el certificado y lo mandó al email del tipo que me lo imprimió. Ya sorteada la dificultad y dentro de México por fin, me enfilé rumbo al norte.

Debo mencionar que Jorge siguió toda mi ruta diariamente, a él le enviaba un breve resumen diario de la ruta y la ubicación de cada una de mis estadías. Siempre fue de gran ayuda ya que, si requería de algo, él lo conseguía y me lo enviaba. Estuvo preocupado en cada momento, siempre atento y seguro que, disfrutando de la ruta en cada tramo, al igual que yo, también él recibió la moto en la tienda de Ignacio en Santiago al llegar esta de regreso a Chile.

En Bogotá mi nuevo amigo mexicano, José Manuel me había recomendado que, por seguridad, en México solo circulara por autopistas y de día, por lo que me propuse seguir su consejo al pie de la letra. Lo primero que hice fue buscar un cajero automático para tener pesos mexicanos, especialmente para pagar los peajes, que son muchos y de variados precios, con más de cien pesos de diferencia entre uno y otro. En total gasté más de USD 250 solo en peajes.

A pesar de ser uno de los países más grandes y económicamente prósperos de América Latina, su infraestructura vial, estaciones de servicio y cantidad de cajeros automáticos deja mucho que desear en comparación a la que tenemos en Chile.

Mis primeros destinos fueron las pequeñas ciudades de Tonalá en el estado de Chiapas y Córdoba, en el estado de Veracruz, antes de enfilar hacia las afueras de Cuernavaca a casa de José Manuel, donde pasaría un par de días.

Poco antes de llegar a su casa y en medio de la nada en el estado de Morelos, me detuvo una patrulla de policía a un costado de la carretera, el policía me dijo que mi moto estaba encargada por robo, que al pasar un portal de vigilancia un poco antes, este había arrojado una alerta. Lo primero que le pregunté fue que, si se había percatado que la placa de mi moto era chilena, me respondió que no y la verificó, luego pregunte por el número de VIN de la moto robada, lo revisó y cotejó con el número de mi moto, luego le pase todos los papeles y el de ingreso al país unos días antes, pronto se acercó otra patrulla. Después de varios llamados por radio, por celular y de sacarle fotos a los documentos, la placa, el VIN, a la moto y media hora bajo un sol abrasador, me pidieron disculpas y me dejaron seguir mi ruta.

La estadía en casa de mi amigo y su hija fue muy tranquila y placentera, él me dio el dato de un mecánico conocido en Ciudad de México para hacer el primer servicio a la moto desde que salí de Santiago, ya había cumplido los primeros doce mil kilómetros de aventura.

Al parecer, el día que llegué a Ciudad de México, todos sus 20 millones de habitantes habían decidido salir en sus autos porque me tomó

varias horas poder llegar al taller mecánico para hacer el servicio a la moto. En el lugar cambié aceite, filtros y el sensor de oxígeno que me venía dando problemas desde antes de salir de Chile. Como no tenían el original, me dijeron que el del Honda Civic le servía, finalmente le pusimos uno usado que pertenecía a una Honda CBR 600 que calzo perfecto y solucionó el problema definitivamente. Todo resultó bien, pero la moto estuvo lista cuando ya estaba oscuro, por lo que decidí buscar un alojamiento en la carretera rumbo al estado de Chihuahua, donde quería sorprender a mi amigo Martino, que vive en la ciudad de Parral, la Capital del Mundo según los mismos parralinos, situada 250 kilómetros al sur de la ciudad de Chihuahua en el estado del mismo nombre. Lamentablemente Martino se encontraba de viaje con su esposa por lo que seguí mi camino hasta la capital del estado.

Me quedaba la última parte de la ruta antes de ingresar a Estados Unidos que era mi principal objetivo.

Lo único que siempre tuve claro desde antes de partir de Chile era que saldría de México por la ciudad de Agua Prieta en Sonora ya que había estado ahí en un par de ocasiones junto con Martino y sabía que era un paso con poco tráfico y rápido de cruzar, cuya ciudad hermana al otro lado de la frontera es Douglas en Arizona.

El trámite para ingresar a Estados Unidos resultó bastante veloz y expedito y para mi sorpresa, me autorizaron una estadía de un año tanto para mí como para la moto. Tan rápido fue todo que no hice la salida oficial de México, por lo que tuve que re ingresar a ese país para recuperar los cuatrocientos dólares de depósito que cobran por ingresar un vehículo y que reembolsan al salir del país. Una vez recuperado el depósito regresé a Estados Unidos, pero esta vez aún más rápidamente que la vez anterior.

José Manuel, en Bogotá, me había recomendado que este pago lo hiciera en efectivo, a pesar de que también se puede pagar con tarjeta de crédito. La razón de esto es que, si se paga con tarjeta de crédito, el reembolso lo hacen a la misma tarjeta, pero tardan varias semanas en realizarlo y si no ocurre, no hay a quién reclamarle cuando uno ya

se ha ido, sin embargo, los depósitos en efectivo, los devuelven en efectivo al salir de México.

Primer Objetivo Logrado

Siempre mi objetivo principal en esta aventura era llegar a Estados Unidos y una vez ahí, perderme dentro de este enorme país, vagar dentro de él sin rumbo, donde la moto me llevara, sentir la libertad, disfrutar las rutas y adentrarme en sus paisajes y su diversa cultura, además de conocer aquellos lugares icónicos que me impresionaron en mi niñez. Por esta razón, los países que crucé en la primera etapa, los hice más rápido, sin recorrerlos en profundidad. Fueron parte de la travesía, la que disfruté kilómetro a kilómetro.

Una vez en Douglas me detuve en una gasolinera, me saqué el casco, respiré profundo y me dije, lo hemos logrado, tanto yo como la moto, mi fiel e imbatible compañera habíamos sorteado todos los obstáculos, disfrutado de la ruta y sus hermosos paisajes, pasado frontera tras frontera (22 en total), no pueden imaginar la satisfacción que sentí en ese momento. Fue un gran incentivo para continuar en la conquista del gran país del norte.

Como mencioné anteriormente, mi principal objetivo acá era conocer aquellos lugares soñados desde mi infancia, cuando leía la revista National Geographic, que mi tío Hernán coleccionaba y que cuando lo visitábamos en Tocopilla, me devoraba con mucho interés y admiración. Para mi eran lugares de otro planeta en ese entonces, alucinantes e inalcanzables.

Esa noche acampé en Tombstone Arizona, donde pude apreciar una hermosa puesta de sol en el desierto y una salida del sol aún más hermosa y sobrecogedora.

Al amanecer enfilé hacia mi primer destino soñado, el Gran Cañón del Colorado y tal como lo había imaginado, es espectacular, sobrecogedor un lugar que me dejó sin palabras, donde permanecí largas horas sólo, grabándolo en mi retina, quería empaparme de tanta belleza y majestuosidad.

El Cañón ha sido excavado por el Río Colorado durante casi dos millones de años, dejando al descubierto la historia geológica de la región. En su interior y alrededores habitan históricamente varios pueblos nativos del sector.

Fue declarado Patrimonio de la Humanidad en 1979 por la UNESCO.

Desde Flagstaff quise seguir la Ruta 66 rumbo a California. La 66 es una antigua ruta que data de 1926 y que iba desde Chicago, Illinois, hasta Los Ángeles originalmente y después se modificó hasta Santa Mónica, California, cruzando los estados de Misuri, Kansas, Oklahoma, Texas, Nuevo México, Arizona y California, en sus 3900 kilómetros de largo. Se retiró de la red de carreteras del país en 1985 para ser reemplazada por la red de autopistas interestatales.

En la actualidad, los tramos que aún existen y que conservan los antiguos servicios que se ofrecían a lo largo de la ruta, son visitados por miles de viajeros de todo el mundo en un intento por revivir la historia. Lamentablemente, estos lugares están mal tenidos y los tramos originales casi no existen ya que han sido reemplazados por grandes autopistas.

Sigue siendo una ruta llena de simbolismo con lugares que tuvieron un pasado glorioso que no volverá, rememorando lo que vimos en alguna vieja película.

Estos tramos de la ruta que atraviesan el desierto, son a ratos muy solitarios, a veces monótonos, siempre muy calurosos y por la noche, el viento trata de hacer volar la carpa por los cielos

La llegada a San Bernardino empieza a mostrar lo intenso que será el tráfico más adelante en Los Ángeles, donde hay más autos que gente y si bien el ajetreo es intenso, es bastante ordenado y fluye mejor que en el resto de los países que atravesé previamente.

Acá busqué un lugar donde cambiar el neumático trasero, ya que después de casi quince mil kilómetros, el que tenía estaba terminando su vida útil. El cambio lo hice en Iconic Motorbikes (@iconicmotorbikes), una empresa que funciona en un hangar en el aeropuerto de Santa Mónica.

Al dueño de la empresa le llamó tanto la atención que llegara una moto con placas de Chile, que me pidió grabar una entrevista para subir a sus redes sociales. Esta entrevista me hizo ganar varios seguidores en mi cuenta de Instagram (@mundo_en_moto) y resultaría ser clave para un hecho que ocurriría más adelante y que narraré al llegar a Milwaukee.

Recorrer las autopistas de Los Ángeles me trajo recuerdos de mi adolescencia, cuando veía la serie CHiPs (California Highway Patrol) con Erik Estrada y Larry Wilcox como protagonistas y que me hacían soñar con conducir y viajar en dos ruedas por esas rutas algún día.

La ruta costera que recorre California de norte a sur es otro ícono de las películas que quise recorrer en moto y que tres años antes había hecho en auto.

Llegué a San Luis Obispo donde ya no pude seguir porque el tramo hacia el norte estaba cerrado por reparaciones, ahí decidí seguir donde me llevara la moto que fue hasta el hermoso balneario de Ávila y luego a Santa Margarita, acampando a orillas de un hermoso lago.

Este estado es mucho más que series y películas, tiene algunos de los lugares más sorprendentes del mundo, los que también conocí leyendo los ejemplares de National Geographic. El Parque Nacional Sequoia, creado en 1890, es el tercero más antiguo de Estados Unidos después de Yellowstone y el Parque Mackinac, ya desaparecido. Con sus milenarios y gigantescos árboles, que me dejaron estupefacto por su grandiosidad, longevidad y el paisaje que los rodea, destacando el General Sherman, el árbol más voluminoso del mundo con sus ochenta y cuatro metros de alto y once metros de diámetro, cuya edad se estima entre 2300 y 2700 años. En el parque también se encuentra la

montaña más alta del país fuera de Alaska, el Monte Whitney con 4418 metros sobre el nivel del mar.

El Parque Nacional Yosemite, que al igual que el Parque Sequoia se encuentra en la Sierra Nevada, nombrado Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO en 1984, despliega sus magníficas montañas de granito, con cascadas blancas que dejan caer el agua verticalmente con gran fuerza y belleza, sus gigantescos secuoias y gran diversidad de fauna silvestre son el complemento para hacer de él un imperdible.

El azul intenso del Lago Tahoe en la Sierra Nevada, de aguas puras y cristalinas rodeadas de montañas y bosques, que en ese momento estaban nevados. Me recomendaron visitar Emerald Bay y la verdad es que valió mil veces la pena ya que es un lugar mágico, más aún con la nieve y ya los primeros brotes de la primavera asomándose entre medio.

En Kings Canyon acampé en un hermoso lugar atendido por un matrimonio salvadoreño que me asignó el mejor sitio y no me cobró nada por acampar por ser latino. En este lugar perdí mi celular, lo que me asusto mucho debido a que perdí toda comunicación con mi familia y amigos ya que no se sus números de teléfono, me quedé sin conexión a mi banco y sin GPS para orientarme. Afortunadamente un señor que acampaba cerca mío lo encontró y me lo devolvió. Fue un tremendo alivio.

San Francisco es otro hito en mi aventura, cruzar el Golden Gate, construido entre 1933 y 1937, con sus 1280 metros de largo, bajar la mítica calle Lombard, varias veces, llena de fotógrafos aficionados y turistas, eran parte de los imperdibles y que me había propuesto hacer en moto algún día, unos años antes cuando había visitado la ciudad. De ahí partí hacia Sacramento después de visitar Sausalito, que es una de las ciudades más hermosas del estado junto a Carmel by the Sea, para seguir rumbo a Reno en Nevada y cruzar el estado en dirección a Utah.

El Oso Yogui

Las Salinas de Bonneville en Utah son el presagio del gran lago salado de Salt Lake City que se avecinaba. El salar, de diecinueve kilómetros de largo y ocho kilómetros de ancho es escenario de carreras de motor en autos y motocicletas, donde se han batido muchos récords de velocidad. La mayor alcanzada es de 1217 kilómetros por hora sobre una milla, en octubre de 1997. También es escenario de las principales competencias de tiro al arco, alcanzando en ocasiones los mil quinientos metros de distancia.

En este lugar tuve una hermosa experiencia acampando en medio de la nada, en una fría noche donde pude apreciar una maravillosa puesta de sol. Fue el momento más solitario y alejado de todo vestigio de civilización de toda la ruta. Al atardecer, donde mirara, no se veía gente ni luces, solo el sol hundiéndose en el horizonte y un maravilloso y despejado cielo estrellado sobre mi cabeza al oscurecer. Temprano al despertar, pude disfrutar de un bellissimo amanecer de antología, con un frío que calaba los huesos, pero cuya belleza valió cada segundo.

Después de levantar el campamento, mi próximo gran destino soñado donde me dirigí, era el Parque Nacional Yellowstone en Wyoming, aunque también abarca una pequeña porción de Idaho y Montana. Tiene casi nueve mil kilómetros cuadrados de superficie y es el más antiguo del mundo. Creado en 1872 por el entonces presidente Ulises S. Grant y que al igual que el Gran Cañón, Sequoia y Yosemite, superó mis expectativas con creces.

Este parque tiene la mayor cantidad de fuentes termales y géiseres del mundo, en él se encuentra el gran Lago Yellowstone en la caldera del mismo nombre, bajo el cual se encuentra el súper volcán más grande del continente, que está inactivo, pero con vestigios de haber hecho erupción con mucha fuerza durante los últimos dos millones de años. Tal vez la principal atracción del parque es el Old Faithful (viejo Fiel en Castellano), que es sin dudas el géiser más famoso del mundo y debe

su nombre a que fielmente, cada noventa minutos y durante cinco minutos seguidos expulsa agua hirviendo a una altura de hasta 75 metros, convirtiéndose en el espectáculo más esperado por sus visitantes.

Cuenta con la mayor diversidad de fauna del país después de Alaska y Hawái, destacándose los osos grizzli, lobos, alces y bisontes americanos, imponentes y mansos, circulando por los caminos o pastando en las llanuras donde tuve el privilegio de verlos de cerca.

Decidí salir del parque por Montana para dirigirme a Livingston y de ahí a Dakota del Sur, a Mount Rushmore, pero una fuerte tormenta con granizos del porte de una pelota de golf, truenos y relámpagos me obligaron a regresar por mi seguridad y me dirigí a Idaho Falls en Idaho. Al llegar detecté una fuga de fluido de una de las horquillas de la suspensión delantera por lo que decidí buscar al día siguiente un lugar donde repararla, debiendo esperar dos días entre que el repuesto llegara y lo cambiaran.

Ya reparada la fuga de aceite retomé mi camino hacia el este, el paisaje lo componían montañas nevadas por todas partes, estaba en el medio de las Montañas Rocosas (Rocky Mountains en inglés), debía cruzar la cordillera con un cielo amenazante, con algunos visos de lluvia y gotas mojándome mientras comenzaba el ascenso más largo de las montañas más altas. A medida que subía el aire se enfriaba, hasta que en un momento comenzó a nevar, debí tomar la decisión de regresar o continuar. Como no sabía cuántos días podría durar el mal tiempo, decidí arriesgarme y seguir mi camino, la nevazón se puso más intensa y la temperatura de cero grados Celsius calaba los huesos, pero ya estaba ahí y había decidido continuar. Lo que más me preocupaba era que se congelara el camino y se pusiera demasiado resbaloso para la moto, me iba fijando en la temperatura ambiente y si esta bajaba a menos dos grados Celsius, debía parar y buscar refugio, no sabía dónde porque estaba en medio de las montañas, rodeado de bosques, en una zona que es hábitat de osos. Después de alcanzar la cima comenzó el descenso al otro lado y a medida que bajaba, la

temperatura subía y dejaba de nevar. A medio camino, cuando la temperatura era de tres grados Celsius y la nieve dejó de caer, me detuve a calentar las manos ya congeladas, con el aire caliente del tubo de escape de la moto. Una vez repuesto y con mayor movilidad en las manos, continué mi camino hacia el este, rumbo a Dakota del Sur donde visitaría Mount Rushmore. Este es un inmenso monumento que tiene esculpidos en granito, sobre el cerro, los rostros de los presidentes George Washington, Thomas Jefferson, Theodore Roosevelt y Abraham Lincoln, elegidos para representar el nacimiento, crecimiento, desarrollo y preservación de la nación, respectivamente. La obra la diseñó y supervisó la construcción el escultor Gutzon Borglum con la ayuda de su hijo Lincoln, entre los años 1927 y 1941. Su verdadero nombre es Santuario de la Democracia (Shrine of Democracy en inglés), pero todo el mundo lo conoce como Mount Rushmore por estar ubicada en ese lugar.

Lo siguiente fue dirigirme al sur, al estado de Nebraska para continuar hacia el este por la ruta 20. El paisaje es el típico de las películas del oeste donde casi se pueden visualizar las caravanas de colonos cruzando el territorio en busca de mejor vida en el oeste del país. Grandes praderas con ganado pastando complementan el paisaje. Acá tuve que enfrentar fuertes vientos cruzados de 70 k/h que dificultan el avance y que, afortunadamente, no me botaron y los pude sortear sin contratiempos.

A medida que avanzaba y durante todo el camino, especialmente al cruzar las Rocosas, pensaba e imaginaba lo difícil que debe haber sido para las familias que se aventuraron en ese territorio, persiguiendo el sueño de una vida mejor, con los medios existentes en la época, sin caminos, sin mapas, a veces sin alimento ni agua, soportando el frío y calores extremos.

Ya en Iowa el paisaje empezó a cambiar, todo era más verde, atrás quedaba el frío, la nieve y las grandes montañas.

Me dirigí rumbo a Madison, Iowa, la cuna del famoso actor de películas del oeste, John Wayne y locación de la hermosa película Los Puentes

de Madison, dirigida y protagonizada por Clint Eastwood y coprotagonizada por Meryl Streep. Mi interés era conocer los puentes cubiertos que le dan el nombre a la película y que siempre me han sorprendido por su hermosura y que al conocerlos y cruzarlos no me decepcionaron, luego conocería más de este tipo de puentes en Canadá y en otros estados.

Kosta y las Harley Davidson

¿Recuerdan que les dije que les contaría algo que sucedió cuando estaba en Santa Mónica cambiando el neumático?, pues el día de la entrevista del dueño de Iconic Motorbikes, al subirla a sus redes sociales me reportó varios seguidores nuevos que se sintieron identificados con mi viaje, uno de ellos fue un simpático griego, Kosta, que me contactó vía Instagram y me preguntó si tenía planeado visitar Chicago, la verdad es que siempre traté de no entrar en las grandes ciudades, pero igual quise saber de qué se trataba. Me contó que todos los jueves, en el museo de Harley Davidson en Milwaukee, había música en vivo y se reunían muchos motociclistas, especialmente dueños de motos Harley, entre ellos Kosta con su grupo de amigos motoqueros y que le gustaría que nos juntáramos con sus amigos para contarles mi travesía por América. Me programé para estar ahí un día jueves para conocerlos y disfrutar de la reunión de motos.

Llegué al lugar alrededor de la una de la tarde, allí había tres o cuatro motos estacionadas y algunos visitantes del museo. Decidí ingresar a conocer el museo, que por cierto es muy interesante y si visitan Milwaukee no dejen de conocerlo. Al salir, cerca de las 4 de la tarde,

el número de motos había aumentado a 25 o 30. Varias personas se acercaban a observar la mía, ya que, a diferencia de las otras, todas Harley Davidson, era una Honda, cargada de equipaje y con placa de Chile. Mucha gente me saludaba, me pedía fotos junto a la moto, me preguntaban por mi viaje, era un “rock star”. Al rato apareció Kosta con sus amigos y me invitó a comer un sándwich y a departir un rato agradable en el restaurant del museo. Al salir había unas 500 motos de todos colores, formas y diseños, más del 95% de ellas Harley Davidson. Departimos con mucha gente de diferentes edades y nacionalidades, en un momento, uno de los amigos de Kosta, que conversaba con un tipo, me llamó para presentarme a su interlocutor, conversamos amenamente, me comentó que había estado en Chile un par de veces y se mostró muy interesado por mi historia. De pronto me preguntó mi nombre y le respondí, para luego yo preguntarle por el suyo, en ese momento se giró y apuntó a una pared detrás nuestro que tenía en grandes letras escrito “Harley Davidson”, eres Davidson le dije, sí, soy Bill Davidson. Bill es descendiente directo de uno de los fundadores de la empresa, es el vicepresidente del museo y embajador mundial de la marca.

Al día siguiente Kosta me invitó a almorzar a uno de sus restaurantes, Eggspresso, cuya especialidad son los huevos, muy bueno, por cierto. Ahí conocí a su simpática esposa mexicana, Laura.

Días antes había solicitado una visa para ir a Canadá, sólo por si me la aprobaban, sin tenerlo en mis planes. Me sorprendí al recibirla en mi correo electrónico en tan solo una hora, por lo que decidí agregar ese país a mi ruta. Kosta y sus amigos me recomendaron que fuera al norte del estado de Michigan y cruzara el puente Mackinac, también conocido como Big Mac, es un puente colgante de 2600 metros de longitud que entró en servicio en 1957.

El museo de Harley Davidson es una exhibición permanente de cientos de todo tipo de motos de la marca, desde sus inicios en 1903 hasta nuestros días. Abierto al público en 2008, la muestra contiene aquellas motos que han hecho historia y es difícil destacarlas todas. Está, por

ejemplo, la Pan América, una moto lanzada hace un par de años para competir en el mercado de las big trail, las Livewire utilizadas por Ewan McGregor y Charley Boorman en la serie Long Way Up, una aventura en motos eléctricas que partió en Ushuaia, Argentina y llegó hasta Los Ángeles, California en 2019. Pero de todas, la que más llamó mi atención es una Night Train de 2004 que fue encontrada dentro de un contenedor en las costas de Columbia Británica en Canadá, este contenedor viajó 6400 kilómetros por el océano, después de ser arrastrado por el devastador tsunami que azotó las costas de Japón en marzo de 2011. La moto se conserva dentro de una gran caja de cristal, aislada del medio exterior, tal como fue encontrada dentro del contenedor.

Bienvenue au Canada

A Canadá ingresé por una pequeña y tranquila ciudad llamada Sault Sainte Marie, yo era la única persona haciendo ingreso al país, por lo que todo fue muy rápido. La oficial de aduanas nunca había atendido a alguien procedente de Chile, mucho menos en moto. Tanto así que no estaba segura cómo debía proceder y llamé por teléfono a la oficina central para saber qué hacer. Finalmente me preguntó a mi si me timbraba el pasaporte o no.

Este país es el que tiene más lagos en el mundo, donde uno mire hay un lago, una laguna o una poza, el paisaje está completamente rodeado de bosques. Mi ruta fue siguiendo la orilla norte del gran lago Huron rumbo a Barrie, a orillas del lago Simcoe.

Esta región fronteriza con Estados Unidos, comparte los Grandes Lagos con este país. Estas son inmensas masas de agua dulce que se interconectan entre sí y que luego desaguan en el mar a través del caudaloso río San Lorenzo en el Golfo de San Lorenzo, al norte del Océano Atlántico. Se trata de los lagos Superior, Michigan, Hurón, Erie y Ontario y en conjunto, contienen el 21% del agua dulce disponible en el mundo.

Quise conocer las Cataratas del Niágara desde el lado canadiense ya que unos años antes las había conocido desde el lado estadounidense, por eso me dirigí a la ciudad del mismo nombre. El lugar aprovecha el atractivo de las cataratas muy bien ya que ofrece a sus más de treinta millones de visitantes anuales, un sinnúmero de atracciones como casinos, hoteles, resorts, restaurantes, parques de diversiones y mucho más, invitando a los turistas a permanecer varios días y planear sus vacaciones en la ciudad.

Las cataratas no son muy altas, unos cincuenta metros de alto, pero sí las más caudalosas de América del Norte, lo que ha significado un desafío para los más osados, que se han atrevido a saltar desde ellas dentro de un barril, otros a cruzarla a nado, también hay equilibristas que lo han intentado caminando en la cuerda floja y el infaltable

hombre bala que ha intentado ser lanzado de una orilla a la otra. Muchos han muerto en el intento y los que no, han sido arrestados y multados ya que está prohibido todo intento que ponga en riesgo sus propias vidas.

Toronto, la capital de la provincia de Ontario, a orillas del lago del mismo nombre, es la ciudad más grande del país con cerca de dos millones ochocientos mil habitantes. Impresiona su modernidad y sus grandes rascacielos que sobresalen a orillas del gigantesco lago, también es una de las capitales financieras del mundo.

Ottawa, la capital federal, ubicada a orillas del río Ottawa que divide las provincias de Quebec y Ontario con sus imponentes y hermosos edificios gubernamentales dándole un toque distintivo especial. En esta ciudad tuve ciertas complicaciones para sacar la moto de un estacionamiento subterráneo, ya que, al ingresar, no me dio la tarjeta de ingreso que activa la salida y no existen personas que intervengan en el proceso. Finalmente, con la ayuda de una amable recepcionista de un hotel, logré sacarla y seguir mi camino. A veces es bueno que haya personas que intervengan en los procesos modernos.

Montreal, por setenta años y hasta 1967, fue la segunda ciudad franco parlante más grande del mundo después de París, al desplazar a Marsella. Hasta los años 60 fue la capital económico financiera de Canadá y también la ciudad más grande. Está ubicada en una isla en el río San Lorenzo y debe su nombre al Monte Real (Mount Royal en francés) que finalmente derivó en Montreal. Se trata de una hermosa ciudad que combina la modernidad con lo antiguo, formando una llamativa línea de rascacielos a orillas del río San Lorenzo.

Finalmente, Quebec, la más linda de todas, declarada Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO en 1985, fue fundada en 1608. Su centro histórico está amurallado y se conoce como Vieux Quebec (viejo Quebec en castellano). Su nombre significa “allá donde el río se estrecha”, en lengua aborigen, esto porque se sitúa en un lugar donde el Río San Lorenzo se estrecha, según una de las teorías que se

conocen. Aunque no siempre tuvo ese nombre, los dos primeros fueron Ludovica y después Stadacona.

Después del cruce de las montañas, nevando, y la noche en las Salina de Bonneville, Canadá fue donde pasé más frío durante el viaje, pero valió absolutamente la pena.

Antes de estar allá, pensaba que todos eran bilingües, pero me sorprendió descubrir que en la provincia de Quebec todos hablan francés, pero muy pocos hablan inglés.

El retorno a Estados Unidos fue por la ciudad canadiense de Stanstead, Derby Line en el lado estadounidense. Al igual que al salir de Estados Unidos, en Canadá no se registra la salida del país. El ingreso a este último país fue tan fácil y rápido como el ingreso a Canadá, era el único en la aduana cruzando la frontera. Este se hace en una caseta como las de peaje, uno no se mueve del vehículo, al igual que el ingreso desde México y el ingreso a Canadá.

El oficial de la aduana nunca había visto un chileno ingresando por ahí, mucho menos en moto. En un momento se le ocurrió preguntarme si tenía boleto aéreo para salir de regreso a Chile. Montado sobre la moto, le mostré con un ademán, este es mi boleto de salida, mostrándole y apuntando a la moto. El señor se rió y dijo, tienes razón y me dejó pasar.

Me llamó la atención una amplia zona deforestada de seis metros de ancho entre ambos países que va a todo lo largo de las fronteras, demarcando el límite entre ellos.

Los Orígenes de la Nación

Vermont me sorprendió por sus hermosos paisajes llenos de lomas verdes y bosques rodeando las praderas. Disfruté mucho de sus rutas sinuosas, enmarcadas con el más inspirador paisaje rumbo a Boston en Massachusetts. Esta ciudad me recibió con una lluvia torrencial y todos los alojamientos ocupados en cincuenta kilómetros a la redonda debido a que era fin de semana de graduaciones, ya que Boston alberga 7 importantes universidades, tres de las cuales están entre las más prestigiosas del mundo, Harvard, MIT y Boston. Finalmente, luego de cinco horas bajo el agua y completamente mojado, encontré un lugar para secarme y dormir, caro y malo.

Boston, al igual que muchas ciudades en esta parte del país, está entre las más antiguas, que datan de la época de la colonia. Es muy hermosa y ordenada, mostrando en todo su esplendor la hermosa arquitectura y el señorío que la distinguen.

Antes de llegar a la ciudad de Nueva York crucé el estado de Rhode Island hasta su capital, Providence, es el estado más pequeño y el treceavo en incorporarse a la Unión en 1790. De ahí a la Gran Manzana sólo faltaban cuatro horas.

Nueva York es la ciudad más poblada de los Estados Unidos con veinticuatro millones de habitantes, a ella fui porque quería recorrer sus lugares más icónicos en la moto, fue fácil hacerlo ya que la conocía por un par de viajes que había hecho antes, para luego cruzar por un túnel bajo el Hudson hacia Nueva Jersey.

Mi objetivo era llegar a Filadelfia en Pensilvania a conocer la campana de la libertad y el Independence Hall, donde se debatió y adoptó la constitución que aún rige al país. Filadelfia fue fundada en 1682, en esa época era la ciudad más importante y poblada de las colonias, la tercera más grande del Imperio Británico después de Londres y Dublín y la primera capital de la naciente nación.

Cuando era pequeño, en el colegio, una profesora nos mostró una foto de la campana y nos contó su historia. Fue construida en 1751 y al primer campanazo se rajó, luego fue reparada. Su toque más famoso y el que la convirtió en una reliquia nacional fue el ocho de julio de 1776 para convocar a la ciudadanía a la lectura del acta de independencia. No está claro cuando volvió a rajarse, pero después de eso no volvió a ser reparada, exhibiéndose al público en esa condición. Cuando vi esa foto de chico quedé fascinado por la historia y siempre la quise conocer, aunque me la imaginaba de mucho menor tamaño.

El siguiente destino era la casa de mi amiga Cecilia en Fairfax, Virginia que generosamente me invitó a quedarme cuando llegara al área. Con ella éramos amigos de la escuela primaria en los años de Chuquicamata, nuestros padres también eran amigos entre sí. Llegar a su casa fue llegar a un oasis, allí viven su mamá, Alicia y su hermana mayor, Mónica que me hicieron sentir como en mi casa, preocupadas de mi bienestar y de que me alimentara adecuadamente ya que hasta entonces comía desordenadamente y mal. Allí estuve cinco relajados días que dediqué a salir a conocer los alrededores, llenos de historia y cultura. Nos reuníamos por las tardes a recordar los viejos tiempos de nuestra infancia, los amigos, nuestras vidas, mi viaje, lugares del recuerdo y actuales.

Les comenté que me dirigiría a la Cola del Dragón en Carolina del Norte, Mónica, que es una amante de los mapas físicos, me mostró cuál sería la ruta más entretenida para llegar hasta ahí. Había que dirigirse a Front Royal y desde ahí tomar Skyline Drive que es una ruta con una espectacular vista panorámica desde las alturas y cruzar el Shenandoah Park. Fue una recomendación muy acertada ya que durante todo el camino se despliegan las más espectaculares vistas. Camino al Dragón pase a conocer el museo Wheels Through Time, un interesante y muy bien implementado museo con una completa muestra de motos de todos tipos y algunos autos, con una ambientación temática única.

El museo se fundó en 1969 en Glen Ellyn, Illinois y se trasladó a Mount Vernon, también en Illinois en 1977. Finalmente, en 2002 se re inauguró en su actual ubicación en Maggie Valley Carolina del Norte. Esta fue la última parada antes de llegar a la Cola del Dragón.

La Cola del Dragón

Para los motociclistas hay muchos lugares, rutas y carreras icónicas que todos quisiéramos conocer y disfrutar alguna vez en la vida. Está el Moto GP, equivalente a la Fórmula 1 para los aficionados a las dos ruedas, el Dakar, las carreras Baja 1000, Isle of Man TT. Uno de estos lugares icónicos es conocido como La Cola del Dragón. Se trata de un tramo de la Ruta 129 que conecta Carolina del Norte con Tennessee, esta sección tiene 318 curvas excitantes en tan solo diecisiete kilómetros de camino entre bosques en los cerros. Son miles los aficionados que acuden al lugar a correrla cada año, tanto en moto como en auto. Las velocidades que algunos alcanzan, sumado a que es un camino muy sinuoso y público, con tráfico normal de todo tipo de vehículos, la convierte en un arma mortal para algunos, tanto así que cobra la vida de dos o tres aficionados por año.

En el lado de Carolina del Norte, donde comienza, en un lugar llamado Deals Gap, se encuentra un árbol conocido como Árbol de la Vergüenza (Tree of Shame en inglés). De este árbol cuelgan cientos de piezas de motos que se han destruido al accidentarse en la ruta.

Al sitio llegué procedente de Greensboro ya que lo había incorporado a mi bitácora de lugares por conocer.

Una vez ahí me fui a recorrerlo con la moto con sus maletas y a plena carga. Primero en un sentido y luego de regreso, volví a repetir el recorrido y en un momento me detuve a observar más detenidamente el paisaje. En esa detención conocí a un tipo que luego me enteraría que era de la etnia Cherokee, oriundos de la zona. Le llamó la atención que viniera de tan lejos y me preguntó si ya tenía donde alojar, le conté que recién había llegado y no había visto nada de eso aún. Me recomendó un lugar de un amigo húngaro, Dragon Racers Camp, que tenía unas cabañas y que le gustaban las historias de motocicleta y estaría contento de conocer la mía. Con sus indicaciones llegué al lugar, un campamento con una entrada imitando los pits de una pista de carreras, por todos lados se podían ver extrañas criaturas hechas con partes de moto, murciélagos, garzas, orugas, robots, tortugas, todas hechas artísticamente por el dueño del lugar, estos detalles y muchos más lo hacían un lugar único y digno de visitar. Al no ver a nadie y cuando me disponía a partir apareció alguien por atrás, era Istvan, el simpático húngaro dueño del lugar y me preguntó que buscaba, le pregunté si tenía alojamiento disponible y cuanto costaba. Me respondió que tenía disponibilidad y que costaba 130 dólares, no sé qué cara puse, pero debe haber sido de decepción porque me preguntó cuánto era mi presupuesto, le respondí que cien dólares diarios incluida la alimentación, alojamiento y combustible. Cuánto quieres pagar, me dijo, cincuenta dólares, le respondí, está bien, quédate, siempre es interesante tener un huésped que viene de tan lejos y que debe tener interesantes historias que contar.

Esa noche, junto con otros pasajeros hicimos un asado y cada uno contó sus historias y experiencias, la mía resultó ser muy interesante para ellos debido a que venía de un lejano país que varios ni siquiera sabían dónde quedaba, tanto así que me preguntaban cómo había cruzado el océano. Para un latinoamericano, saber de la existencia de los demás países, especialmente de América, es natural, pero para un gringo de Estados Unidos que piensa que todos los que hablan castellano son mexicanos y ni siquiera saben dónde queda México, es

todo un descubrimiento conocer a un alienígena de quién sabe qué región del mundo viene.

Al día siguiente, antes de cargar mi equipaje para partir, le pregunté a Istvan si me podía quedar una noche más por cincuenta dólares, por supuesto, me dijo.

Salí a rutear todo el día para conocer los maravillosos lugares que hay en Carolina del Norte, cada uno me sorprendía más que el anterior, mucha vegetación, lagos, ríos, cerros y mucha naturaleza virgen.

Esa noche, nuevamente hubo una fogata y pizza en compañía de otros pasajeros. Hubo una amena conversación y videos de motos en la pantalla gigante.

Cuando me aprestaba a partir y mientras cargaba la moto temprano al otro día, se acercó Istvan y me pidió que lo esperara, que despacharía unos pasajeros y me haría una oferta.

Esta noche haré un goulash húngaro y vendrán varios amigos, quiero que te quedes, pero no te cobraré, me parece interesante tu historia y me gustaría que te conocieran. El Goulash lo hizo en una olla colgando sobre el fogón, resultó una delicia, la conversación con los amigos, las historias que se contaron y todo el ambiente de una veraniega noche, rodeada de bosques y con los pequeños destellos de las luciérnagas en la oscuridad hicieron que fuera un momento mágico, lleno de alegría y vida.

La jornada siguiente, mientras cargaba la moto, nuevamente se acerca Istvan con una nueva propuesta, quedarme una noche más gratis. Finalmente, esto se repitió y estuve siete noches y sólo me cobró los cien dólares iniciales. La semana que estuve fue muy especial, comenzamos una linda amistad con Istvan y su hermosa pareja brasileña Lizzy, me hicieron sentir como en mi casa, salíamos juntos a hacer las compras, arreglábamos juntos los detalles del campamento, instalamos luminarias, hicimos unos techos junto a cada cabaña para cubrir las motos de los pasajeros, me mostró su casa del lago y el cementerio donde quiere que reposen sus restos. Todo fue surgiendo espontáneamente. Por mi parte le di consejos de todo tipo, lo alenté

con su negocio, le aporté varias ideas, salimos juntos en moto, cocinamos con Lizzy, veíamos las carreras de moto en su casa, fuimos inseparables por una semana.

Pasados los siete días, era tiempo de partir, me quedaban muchos lugares por conocer, Istvan no quería que me marchara, me ofreció que regresara cuando quisiera, que las puertas de su campamento estaban abiertas siempre para mí, le prometí que antes de volver a Chile pasaría a despedirme.

Mi Amigo Húngaro

Istvan llegó a Estados Unidos al principio de sus veintes huyendo de su país, Hungría, por un incidente que tuvo con la mafia local en su ciudad natal.

Él se instaló con un lavado de autos, que al poco andar tuvo mucho éxito y que los delincuentes quisieron comprar a un precio irrisorio, ante su negativa, los mafiosos lo empezaron a hostigar, a tal punto que decidió escapar a Estados Unidos con lo que tenía. En Hungría había sido campeón de velocidad en motos de 125, 250, 500 y 1000 centímetros cúbicos.

En su nuevo hogar hizo varios trabajos para sostenerse. Su primer trabajo fue en una fábrica de donas, las que debía repartir en cajas a una serie de clientes mayoristas. Su primer día de trabajo salió a repartir las donas en la camioneta nueva de su jefe, en el primer despacho que hizo, se bajó a entregar las cajas de donas y al regresar le habían robado la camioneta con todas las donas del día. Fue repartidor de pizzas, stripper y personal trainer. En este último trabajo conoció a un anciano con movilidad reducida que necesitaba que lo atendieran en su domicilio, Istvan fue el único dispuesto a atenderlo. El anciano estuvo muy agradecido de él y lo llevó a vivir a su mansión, le empezó a confiar sus finanzas personales y sus inversiones ya que no confiaba en sus familiares que nunca lo visitaban y solo lo buscaban cuando necesitaban dinero. Finalmente lo nombró su albacea y al morir, Istvan repartió la fortuna de unos cien millones de dólares entre los familiares y solo se quedó con un dinero que le dejó “su abuelo”, como le decía él con cariño, el que le alcanzó para comprar una casa en Florida y un Mercedes Benz que siempre soñó. Luego vendió la casa y el auto, se compró una van y se fue a Carolina del Norte a empezar su proyecto turístico Dragon Racers Camp (@dragonracerscamp) cerca de la Cola del Dragón.

Almost Heaven

Salí de Robbinsville, Carolina del Norte rumbo a Bowling Green Kentucky para visitar el museo de Corvette, uno de los autos que más me ha fascinado desde que supe de su existencia. Este modelo de la marca Chevrolet se creó en 1953 y es el primer auto deportivo de dos plazas fabricado en Estados Unidos. Nació como el proyecto Opel en 1951 que derivó en Corvette (corbeta, en castellano) para su primera exhibición como prototipo en 1953. Desde entonces como el C1, nunca dejó de fabricarse hasta ahora que va en el C8 cuyo lanzamiento se hizo en 2020, como el primer Corvette con motor central trasero.

En febrero de 2014 se abrió un socavón en el suelo del museo arrastrando ocho valiosos autos de la colección, entre ellos el número un millón, que fue cuidadosamente restaurado y que se encuentra nuevamente en exhibición.

Cercano a Bowling Green se encuentra el parque nacional Mammoth Colossal Cave. Es considerado el sistema de cuevas más extenso del mundo con unos 680 kilómetros de galerías y dentro de este corre el Rio Green (río Verde, en inglés). Patrimonio de la Humanidad desde 1981, pasó a ser Reserva de la Biosfera en 1990.

Durante mi estadía donde Istvan me escribió mi amiga Mónica, hermana de Cecilia para invitarme a su casa en Berkeley Springs, West Virginia. Acepté la generosa invitación y partí hacia allá después de visitar el museo de Corvette en Bowling Green, Kentucky. Luego de dos días de ruta visitando hermosos parajes y con algunas lluvias de por medio, llegué a su casa en la montaña. Es una linda casa en medio de un bosque donde se ven venados pastando todos los días. El lugar es muy hermoso y tranquilo, ideal para descansar y olvidarse del mundo con sus problemas y conflictos. Durante unas semanas pasó a ser mi centro de operaciones. Los días de semana, mientras ella trabajaba, salía en moto a visitar lugares de interés en los estados aledaños, en jornadas de hasta diez horas, fue así como recorrí cada rincón de West

Virginia, Pennsylvania, Virginia y Maryland. Los fines de semana hacíamos paseos por el día en su auto para visitar otros lugares de interés que no había visto en mis rutas en moto.

La casa queda a pocos kilómetros del hermoso y pintoresco pueblo de Berkeley Springs, fundado en 1776 con el nombre de Bath, el mismo año de la independencia. En 1802 se le empezó a llamar Berkeley Springs nuevamente ya que ese era el nombre que tenía la oficina postal ubicada ahí antes de la independencia. Del suelo brota agua pura y cristalina lo que hizo de él el primer spa de Estados Unidos. Entre los lugares destinados a bañarse hay una tina que se dice era utilizada por George Washington cuando visitaba el lugar en su juventud.

Otro lugar interesante de conocer es el parque estatal Cacapon donde, desde la cima de un cerro, se pueden apreciar los estados de West Virginia, Pennsylvania y Maryland.

El estado de West Virginia usa como uno de sus lemas “Almost Heaven” (casi el cielo) porque el famoso cantante de música country, John Denver hizo una canción llamada Take me Home Country Roads que comienza diciendo “Almost heaven, West Virginia” y a continuación nombra algunos lugares famosos y muy visitados del estado como Blueridge Mountains y Shenandoah River, que tuve la fortuna de apreciar. En los parques del estado hay unas grandes siluetas de madera con la forma de West Virginia que tienen estampada la leyenda Almost Heaven.

Harpers Ferry es un pequeño pueblo de 180 habitantes donde la parte más tradicional del lugar es un parque nacional, en él se conservan las construcciones originales, con sus puertas abiertas al público. Están entre otros, la armería, el correo, la cárcel, la zapatería y la herrería.

En este lugar se juntan los ríos Potomac y Shenandoah lo que le pareció potencialmente atractivo al señor Robert Harper para poner un ferry e instalaciones industriales debido a la potencia que representa el flujo de las aguas.

En 1859 ocurrió un hecho que sería el gatillante para iniciar la Guerra de Secesión, cuando el abolicionista John Brown junto a un grupo de 21 hombres, entre ellos tres esclavos, un esclavo liberado y otro fugitivo, se tomaron el arsenal del pueblo. La revuelta fracasó y Brown fue ejecutado, porque la ley prohibía ayudar a esclavos fugitivos.

No lejos de ahí, pero en el estado de Virginia, se encuentra la Luray Caverns, una gigantesca caverna privada, cuyos propietarios la abrieron al público desde su descubrimiento en 1878. Está llena de estalactitas, estalagmitas, columnas y lagunas en su interior y al fondo de esta hay un gigantesco órgano que toca las notas mediante unos elementos controlados por solenoides que golpean las distintas estalactitas produciendo un armonioso sonido musical similar a un órgano.

Son tantos los lugares de interés histórico en el estado que es difícil enumerarlos todos.

A Delaware me fui a acampar junto al mar, ahí nuevamente me encontré con Mónica que es una entusiasta kayakista. Yo salí a conocer toda la costa de Delaware y Maryland mientras ella salía a navegar en su kayak. Está lleno de lugares históricos por todos lados. Esta área es muy plana, no hay cerros ni montañas hasta donde se pierde la vista. Tiene una extensa línea costera hacia el Océano Atlántico y hacia el interior de la inmensa bahía de Chesapeake, donde desembocan varios ríos, el principal y más caudaloso es el Potomac.

El sur de la península se une a Norfolk cruzando la bahía por 25 kilómetros de puentes interrumpidos en dos oportunidades por túneles que se sumergen bajo el agua para permitir el paso de grandes barcos. Los puentes están a una altura de 8 metros azotados por fuertes vientos.

Ocean City es una moderna ciudad balneario llena de hoteles, cabañas y restaurantes donde convergen los veraneantes de toda la región, para muchos es el Miami del norte.

Assateague Island es una isla parque de sesenta kilómetros de largo que constituye una barrera natural en la costa este del país. Se

caracteriza por tener manadas de caballos salvajes, playas vírgenes y el faro Assateague.

Son muchos los lugares como para mencionarlos todos detalladamente. La región completa está llena de historia, desde los nativos que habitaron originalmente la zona, pasando por los primeros colonos provenientes de Europa, la Guerra de la Independencia y posteriormente la Guerra de Secesión que dividió al país entre los estados del norte que apoyaban la emancipación de los esclavos y los del sur que se oponían a ella.

El 4 de julio lo pasé en Washington DC donde aprecié su multitudinario desfile con las diferentes ramas de las fuerzas armadas, colegios y delegaciones de inmigrantes y gente de todo el país. Por la noche esperé los fuegos artificiales que observé desde el Key Bridge sobre el Potomac.

Regresé a Berkeley Springs desde donde fui a conocer Monticello, la casa de Thomas Jefferson en Virginia. Es una hermosa mansión diseñada por el mismo Jefferson que se empezó a construir en 1768 y sufrió varias modificaciones mientras la habitaban, finalizando en 1809.

Mount Vernon, también en Virginia, es la casa de George Washington. Construida por su padre en 1734, fue habitada por Washington hasta el día de su muerte en 1799.

Ambas son hermosas mansiones consideradas reliquias nacionales y muestran al público cómo vivían los “padres fundadores”, ambos esclavistas, con poca consideración por quienes ellos consideraban como no humanos, a pesar de su discurso de igualdad y libertad.

En Pensilvania fui a conocer la pequeña ciudad de Hershey, construida por el creador de los chocolates Hershey's, para que la gente que trabajara en su empresa viviera cerca de su lugar de trabajo. Hoy se encuentra la antigua fábrica, ya en desuso y un interesante parque de diversiones temático. Con cerca de catorce mil habitantes, sus luminarias públicas se caracterizan por parecer grandes bombones

Kisses de Hershey's, tal vez el chocolate más conocido de su oferta de productos.

Falling Water, también en Pensilvania, es una hermosa casa diseñada por el afamado arquitecto estadounidense Frank Lloyd Wright, considerado el mejor del país, para la familia Kaufmann, los más grandes minoristas del estado. Construida entre 1936 y 1939 como casa de veraneo, hoy es un parque nacional y museo.

Mientras estaba en Berkeley Springs, Mónica me preguntó si ella podría aprender a andar en moto y que moto le recomendaría. Estuvimos viendo varias alternativas y le propuse ir a Winchester a visitar un concesionario Honda. En el lugar, se entusiasmó tanto con una Honda CT125, que se la compró inmediatamente. La moto la conduje desde la tienda hasta su casa, distante unos cien kilómetros, claro que a mí me tomó casi el doble de distancia porque busqué, a propósito, la ruta más larga para llegar de regreso.

Los días siguientes fueron de lecciones de conducción y de agacharse a recoger la sufrida moto.

Se Acerca el Final

Lamentablemente debí comenzar a regresar a Chile. En poco tiempo se vencería mi tarjeta de crédito y mi permiso aduanero de permanencia de la moto fuera del país, que es de un máximo de 180 días.

Aún me faltaban algunos lugares que quería visitar y pasar a despedirme de Istvan a Carolina del Norte, que es donde primero me dirigí.

En el camino hacia Robbinsville, en medio de las Smokey Mountains, la moto empezó a fallar, haciendo de la ruta una tarea difícil. A pesar de todo, logré llegar a sorprender a mi amigo. En esta nueva estadía en Dragon Racers Camp, luego de varios días de relajó, conversaciones profundas y entretención, desarmamos la moto y descubrimos que lo que había fallado era la bomba de gasolina. La encargamos a una tienda en Texas que la mandó a casa de Istvan.

Durante la espera, le ayudé con nuevos arreglos e implementaciones en el campamento.

Llegó el día de mi cumpleaños número 64, mi hermano Christian se encargó de decirle por medio de las redes sociales de esto ya que sabía que yo no diría nada al respecto y dejaría que la fecha pasara inadvertida. Junto con Lizzy, me invitaron a almorzar para celebrar en un hermoso lugar a orillas de un lago, fue un gran día y un lindo gesto de mi hermano y de ellos por la preocupación.

Mi estadía esta vez duró diez días, y al igual que la vez anterior, no querían que me fuera.

En esta ocasión, al igual que anteriormente, hubo muchas visitas y tertulias con otros pasajeros, asados, pizzas y gulasch húngaro. Hasta hice de anfitrión de las cabañas un día que ellos fueron a cenar donde unos amigos.

Temprano por la mañana hacíamos las compras, buscábamos partes de motos para hacer más criaturas y en especial algún material para

hacer una gran casa de pájaro en un árbol, donde pondría un búho que planeaba hacer.

Por la tarde veíamos carreras de moto o dormíamos una siesta después del almuerzo que preparábamos entre los tres.

En un momento estuvimos pensando en un nombre para el búho ya que pondría la inscripción sobre el agujero de entrada a la casa del pájaro. Debía ser un nombre que mostrara sabiduría, después de todo se trataba de un ave que se representa como tal. Propusimos Einstein, Aristóteles, Platón, Tesla, etc.

Llegó el repuesto y el momento de armar la moto nuevamente, con esto también se venía la hora de la despedida.

Días después de haberme marchado, me mandó una foto de la casa del árbol y del búho hecho con partes del motor de una moto. Grande y emocionante fue mi sorpresa cuando leí que el nombre decía Ivan, lo hizo en honor a mi porque me consideraba la persona más sabia que había conocido. Fue un hermoso gesto de su parte que engrandece aún más la persona noble que es.

Partí una lluviosa mañana rumbo a Birmingham, Alabama. La despedida fue con la promesa de volver a encontrarnos.

En el camino empecé a tener problemas eléctricos nuevamente. Decidí arrendar un camión U-Haul y subir la moto para hacer el resto de la ruta programada y luego partir a Miami a embarcar la moto por vía marítima.

Esta la arreglaría de vuelta a Chile y yo regresaría en avión.

Conduje en el camión hasta Birmingham para visitar el museo Barber Vintage Motorsports.

Se trata de la colección más grande de motos del mundo con más de mil seiscientas en total y novecientas en exhibición permanente. El recinto tiene una hermosa pista que se puede arrendar para girar en ella, tanto en auto como en moto, cumpliendo ciertos protocolos. También ahí se corren fechas de los campeonatos nacionales de automovilismo, de motos de velocidad y de motocross.

La exhibición está albergada en un edificio de cinco pisos con un impresionante ascensor panorámico donde se puede apreciar la enorme colección de motos, autos y lanchas.

El museo fue abierto en 2003 gracias a George Barber, un ex piloto de autos, quien después de vender su exitosa empresa, creó el museo para recrear su pasión por los motores.

La ruta hacia Florida la hice por el camino largo, cruzando los estados de Alabama, Mississippi y Luisiana antes de enfilarse por la parte oeste del estado hacia el parque nacional Everglades, un impresionante humedal de 6100 kilómetros cuadrados en su estado actual. Fue creado en 1947, declarado reserva de la biosfera por la Unesco en 1979 y patrimonio de la humanidad en 1987.

Mi llegada a Miami marcó el fin de la ruta y de una extraordinaria aventura que comprendió 2500 kilómetros en camión, 36.000 kilómetros en moto, 13 países, 36 estados de Estados Unidos, 2 provincias de Canadá, 22 cruces aduaneros, miles de aventuras, anécdotas, gente maravillosa, amable y genial, nuevos amigos y crecimiento personal, Todo en cuatro meses. Una odisea que me enseñó que, aunque la vida pueda tener un tiempo limitado, nuestras pasiones y sueños son infinitos y debemos ir por ellos.

El lema que me acompañó desde que se me ocurrió esta loca aventura motorizada fue **“DO IT, DON’T QUIT”** (hazlo, no renuncies, en castellano), mostrando determinación y perseverancia, que son dos palabras que me han acompañada juntas a lo largo de toda mi vida y que se hicieron más patentes que nunca al ser diagnosticado de dos enfermedades terminales y decidir salir a cumplir mis sueños.

Nadie sabe cuándo ni cómo se terminarán sus días en este planeta, por eso debemos tratar de vivir cada día como si fuera el último. Yo lo aprendí tarde, gracias a un fuerte golpe, no esperemos a ser remecidos por la adversidad para empezar a hacer lo que nos hace felices.

La vida me dio una segunda oportunidad y la aproveché, pero no todos tendrán esa segunda oportunidad. El momento es ahora.